

Marie Jalowicz Simon

# CLANDESTINA

Una joven sobrevive en Berlín 1940-1945

EDICIÓN A CARGO DE IRENE STRATENWERTH Y HERMANN SIMON

EPÍLOGO DE HERMANN SIMON

TRADUCCIÓN DE IBON ZUBIAUR

Periférica & Errata naturae

PRÓLOGO, 1942

PRIMERA EDICIÓN: octubre de 2022

TÍTULO ORIGINAL: *Untergetaucht*.

*Eine junge Frau überlebt in Berlin 1940-1945*

© Hermann Simon, 2014

All rights reserved by S. Fischer Verlag GmbH, Frankfurt am Main.

This edition is published by arrangement with S. Fischer Verlag GmbH  
through International Editors' Co.

© de la traducción, Ibon Zubiaur Mirantes, 2022

© de esta edición: Editorial Periférica y Errata naturae editores, 2022

info@editorialperiferica.com

info@erratanaturae.com

ISBN (Periférica): 978-84-18838-51-4

ISBN (Errata naturae): 978-84-19158-15-4

DEPÓSITO LEGAL: CC-179-2022

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Seated Woman*, 2012, © Jesse Dayan

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Hacía mucho frío en la calle y ya había oscurecido. El bar quedaba en la Wassertorstraße, una zona de Kreuzberg en la que nunca había estado. Entré al local aún vacío. «¿Hola?», gritó alguien desde la trastienda. Por la puerta abierta vi a una mujer que estaba sentada cosiendo un abrigo de piel. No pareció gustarle nada interrumpir su tarea para salir arrastrándose a mi encuentro.

Benno Heller me había enviado allí. En el bar debía dirigirme a la única encargada, una mujer llamada Felicitas. Era una de sus pacientes. Oficialmente era medio judía, de modo que tendría que haber llevado la estrella amarilla, pero no lo hacía. Aunque el ginecólogo ya me había alojado un par de veces en diversos sitios, en aquella ocasión me advirtió: la tal Felicitas se dedicaba a asuntos turbios. No le gustaba verse obligado a darme su dirección. Claro que ya no conocía a nadie más que pudiese ayudarme.

Sentía un miedo terrible, un profundo espanto: todo en aquella situación y aquella zona me resultaba ajeno. Aun así, fui capaz de explicarle en pocas palabras a Felicitas por qué había ido.

Se lo pensó un momento. Luego anunció: «¡Ya sé! Pronto *tié* que venir el *diertó* de goma. *Sué* estar aquí de

los primeros. Él nos *pué servir*». Entretanto, yo debía instalarme en la barra y comportarme como una parroquiiana corriente tomándose su cerveza.

Poco después entró al bar el hombre al que llamaba «director de goma». Quedé horrorizada. Debía de tener cincuenta y pocos y cojeaba mucho. Se movía como si sus piernas fueran de goma. Su apodo le venía de esa singularidad motriz y de que, según me enteré más tarde, era en efecto director de una pequeña empresa.

Hablaba como andaba. Producía una suerte de batiburrillo o papilla verbal, y eso tras varios intentos. Para que lo entendieran decía siempre lo mismo, confiando en que resultara más claro. Volvió a asaltarme un miedo cerval. Una psiquiatra que conocíamos me habló en una ocasión de los llamados «enfermos de tabes» a los que atendía, pacientes que sufrían las secuelas de una sífilis. Por ella supe que éstos caminan como si tuvieran piernas de goma, y que no consiguen pronunciar correctamente. No dicen «agarrador» sino «agrador», y luego se corrigen a «agador», exactamente como el hombre que tenía ante mí en aquel instante.

No pude oír lo que Felicitas trató con él. Pero más adelante quedaría claro que me vendió por quince marcos. Ella pidió veinte, él ofreció diez, y se encontraron en el medio. Antes de que saliéramos del local, Felicitas sirvió otra cerveza a su cliente habitual y me dijo: «Vente conmigo un rato». En la trastienda me explicó la historia que le había contado: que yo era una antigua conocida suya. Que mi marido estaba en el frente y yo vivía con

mis suegros. Que la relación con ellos se me había vuelto tan insoportable que le había pedido que me buscara alojamiento donde fuera. También me susurró al oído que Karl Galecki, el director de goma, era un nazi fanatizado hasta el límite de la locura.

Nos pusimos en marcha. Fuera hacía tanto frío que helaba el aliento. Él me ofreció su brazo. No cruzamos ni una palabra.

La nieve se había congelado y destellaba. Había casi luna llena. Levanté los ojos al cielo: reconocí la gigantesca cara del hombre en la luna, una faz rolliza con una sonrisa aviesa. Me sentí desconsolada. Al menos los perros pueden aullarle a la luna, pensé, yo ni siquiera eso.

Luego me recompuse. Pensé en mis padres y empecé a hablar con ellos para mis adentros: «No necesitáis preocuparos lo más mínimo por mí», les dije. «Vuestra educación me ha marcado profundamente. Lo que estoy viviendo no tendrá la menor influencia en mí, en mi alma, en mi desarrollo personal. Sólo necesito sobrevivir». Aquello me consoló un poco.

El domicilio del director de goma no quedaba lejos del bar, pero debido a su grave discapacidad avanzábamos muy despacio. Por fin nos hallamos frente a un gran bloque de pisos de alquiler con una entrada en arco. El pasaje daba a un patio. Allí estaba el barracón alargado en que vivía. Algo más lejos vi un segundo barracón en el que se encontraba su taller.

Con una linterna, iluminó inseguro la puerta de acceso para localizar el ojo de la cerradura: se había decretado la

obligatoriedad de estar a oscuras<sup>1</sup>. Al lado del timbre vi la placa con su nombre. Y entonces cometí mi primer error. Para disimular mi pánico intenté quitarle hierro a la situación con una broma, hice una reverencia jocosa y le dije: «Buenas noches, señor Galezki».

Se quedó pasmado. Debí de ser la primera persona en su vida que no lo llamaba «Galekki». ¿Cómo es que sabía pronunciar la «c» polaca? Para explicarlo me vi obligada a inventarme a toda prisa una mentira: en mi infancia vivíamos enfrente de un señor Galecki que era polaco e insistía en el «Galezki». El director de goma me sometió a un interrogatorio: ¿podría ser un pariente suyo? ¿Qué oficio tenía? Y todo eso.

Entramos en el barracón. Vivía solo. Su mujer, me informó balbuciendo, lo había abandonado porque no quería vivir con un tullido. Había pasado años en hospitales y sanatorios. Y ahora se entregaba a la pasión que lo ayudaba a soportar la soledad: sus peces. Las paredes de aquel recinto alargado, a derecha e izquierda, estaban cubiertas de acuarios. De vez en cuando había un espacio libre que ocupaba un mueble. Pero, en general, allí vivían sobre todo peces. Le pregunté cuántos eran. Ya no podía ni contarlos, había un número incalculable de especies.

<sup>1</sup> Desde el primer día de guerra, en septiembre de 1939, y para dificultar la orientación a los bombarderos, se había decretado el oscurecimiento obligatorio en las horas nocturnas: cese del alumbrado público y otras fuentes de luz, estores opacos en las ventanas de las viviendas... Durante toda la Segunda Guerra Mundial, las ciudades alemanas y europeas estuvieron muy a oscuras por las noches. (N. del T., como en adelante todas las notas numeradas).

Entonces me explicó laboriosamente, luchando una y otra vez con la pronunciación de las palabras, que tenía costumbres férreas y que no deseaba cambiarlas. Reaccioné con gran tolerancia: «Por supuesto, seguirás yendo cada tarde a tu bar habitual. Viviremos juntos, pero sin estorbarnos», lo tranquilicé, y: «Por supuesto, almorzarás donde tu madre, como hasta ahora». Nos tuteamos desde el principio. Era el tuteo espontáneo de la plebe en los bares.

Al fondo del barracón alargado, entre los acuarios, estaba su cama y, en el extremo opuesto, un diván. Ahí dormiría yo. Me mostró dónde encontraría sábanas, una manta y una almohada.

Incluso sin Felicitas, pronto habría sabido que era un nazi fanático. Enseguida me contó muy orgulloso que en el sanatorio había construido con cerillas una maqueta del Marienburg<sup>2</sup> para regalárselo al Führer. Me pidió que tratara de adivinar cuántas cerillas había necesitado. Sugerí alguna cifra altísima que, por supuesto, era demasiado baja. Me corrigió entusiasmado y me mostró un par de artículos del periódico en los que se reproducía y se elogiaba aquella maravilla. Yo también la elogí.

Bastante al fondo de aquella extraña vivienda colgaba un marco con un paspartú vacío en la pared. «Dios mío»,

<sup>2</sup> Castillo de la Orden Teutónica, elevado a mito por los nazis y que desde la Segunda Guerra Mundial forma parte de Polonia.

pensé, «parece que alguien ha querido plasmar de ese modo el *nihil* o alguna locura semejante». Al enmarcarlo debía de haberse quedado un pelo en el paspartú: cruzaba en diagonal la superficie libre y tenía una tonalidad extraña.

—¿Adivinas lo que es? —me preguntó señalándolo.

—No. —Y, aunque lo hubiese adivinado, jamás se me habría ocurrido decirlo. Por fin lo soltó: había adquirido aquella pieza por complejas vías y desde luego había tenido que pagarla cara, dijo cerrando los ojos. Era un pelo del pastor alemán del Führer—. Vaya —respondí—, no me atrevía a aventurar algo así para no ofenderte si me equivocaba. ¡Pero es fabuloso!

Luego me enseñó la cocina y algo que ya no me esperaba en aquel acuario demencial: una puerta lateral daba a un baño normal y decente.

Estuvimos charlando un rato más. Me había acostumbrado a la papilla verbal que regurgitaba y ya no lo miraba con curiosidad. Así, fue desinhibiéndose poco a poco y dio rienda suelta a su ideología nazi. Me daba pavor que algún gesto me delatara. Era capaz de refrenarme para no decir algo equivocado, pero no tenía bajo control todas mis reacciones corporales. De pronto, por ejemplo, me decía:

—Los *kudios*, los *udios*, los *kudios*... hay que matarlos a todos.

Noté que me ponía roja, me levanté de un salto, señalé un acuario y dije:

—Mira, los pececitos acaban de agruparse de otra manera.

Dio palmas en señal de aprobación:

—¡Bravo!

¡Era una buena observadora de sus protegidos!

Estaba tan asustada y desesperada que entablé contacto con los peces. No conocía ninguna *broche*, ninguna bendición hebrea para ellos. Ni siquiera tenía claro que Dios existiera; sin embargo, al mismo tiempo era mi colega de confianza —*hakodausch boruch hu*—, así que le dije: «Tendrás que aceptar la *broche* tal y como se me ocurra. Si no me dejas ni un *siddur*, ni un breviario y ni siquiera alguna obra de consulta, no puedes exigirme una formulación perfecta».

Creo que se mostró razonable y comprensivo. Mi improvisada *broche* fue: «Bendito seas, rey del mundo, *baure ha dogim*, que creó los peces». También les hablé mentalmente a ellos: «Estoy en peligro de muerte y desamparada por todos. Vosotros sois criaturas inocentes, igual que yo. Por favor, pececitos mudos, interceded por mí si los seres humanos me abandonan».

Algo más tarde el director de goma me anunció: «He de decirte algo que me cuesta mucho; seré breve». Con la cabeza gacha y lágrimas en los ojos, me explicó que iba a decepcionarme, que ya no era capaz de tener relaciones sexuales. Yo traté de tomármelo con neutralidad y de ser amable, pero me embargaron tal júbilo y tal alivio que fui incapaz de quedarme sentada. Me escapé al retrete.

Fue la visita al baño más sublime y edificante de mi vida. Rememoré, por supuesto en forma abreviada, esos servicios religiosos vespertinos de los viernes, a los que

tantas veces había asistido en la Sinagoga Vieja: «¡Yo os convoco, mis queridos niños de coro, cantad!», pensé mientras los escuchaba en mi recuerdo. Aquello me sirvió para *gaumel zu bentschen*, es decir, para dar las gracias por haberme salvado de un peligro de muerte.

No sé qué dolencia exacta aquejaba entonces a Galecki, pero yo veía en él a un sifilítico. De haber tenido que compartir la cama con él, habría estado en peligro de muerte. Cuando supe que no sería así me sentí profundamente aliviada, una gran liberación. *Haschem li welau iro* —Dios está conmigo, nada temo—, recité para mí antes de regresar a su lado.

El barracón del director de goma realmente habría sido un escondrijo ideal para mí si aquel hombre no hubiera sido un nazi furibundo.

I

*Debía aprender a defenderme.*

INFANCIA Y JUVENTUD EN BERLÍN

Mis padres llevaban ya once años casados cuando vine al mundo el 4 de abril de 1922. Fui su primera y única hija y ese embarazo tardío fue una gran sorpresa para ambos.

Hermann y Betti Jalowicz habían crecido en Berlín-Mitte, aunque en condiciones del todo distintas. Mi abuelo Bernhard Jalowicz era comerciante de artículos de ocasión en la Alte Schönhauser Straße, además de un bebedor que pegaba a su mujer. Al nacer, su nombre era Eliyahu Meir Sachs. Sin embargo, después de huir de Rusia, en el año 1870, le compró unos papeles con el nombre de Jalowicz a una viuda en Calbe.

Sus hijos lograron terminar el bachillerato e ir a la universidad. En paralelo a sus estudios de Derecho, mi padre se implicó en el movimiento deportivo sionista. A los inmigrantes judíos del este se los consideraba degenerados por la estrechez de sus viviendas en el gueto y por verse constreñidos a desarrollar siempre las mismas actividades, como el comercio ambulante. Para combatir aquel estigma y suscitar una nueva mentalidad nacional-judía, se trató de promover el ejercicio al aire libre. Durante un tiempo mi padre fue el redactor jefe del periódico suprarregional *Jüdische Turnzeitung*.